

El castellano, idioma universal. O. Conzatti VI

"La Nación", Buenos Aires (R. A.), 16 enero 1911.

EL CASTELLANO, IDIOMA UNIVERSAL

(Para LA NACION)

SALAMANCA, diciembre 1910.

Muchos de mis lectores de «La Nación» recordarán seguramente que en el número de este mismo diario correspondiente al 12 de agosto pasado, apareció un artículo con el mismo título que el presente y en el cual se exponía una proposición del doctor Teófilo Wechsler al congreso de americanistas.

12

El doctor Wechsler, después de encarecer una vez más el fino deseo de que llegue á adoptarse un idioma universal, descarta, con muy buenas razones, cualquier idioma artificial, como el esperanto. Si por mi parte no he escrito aún sobre la ilusión esperantista es en espera de que el tal esperanto caiga, como cayó el volapuk, en olvido, cosa que no tardará en suceder, pues en cuestión de lenguas, aunque sólo sean auxiliares, no pueden resistir á la acción del tiempo las que no cuentan con el peso de los siglos. Si al doctor Fulano se le antoja que á la mesa le llamemos «tabol» ó «table» ó «meso», como quieras, no hay autoridad para imponerlo, y á otro doctor le parecerá mejor que le llamemos de otro modo, mientras que el que se la llame «mesa» en castellano, «table» en francés y «tisch» en alemán, tiene la sanción de los siglos.



Me parece imposible que llegue á adoptarse como universal una lengua de artificio, pero me parece también imposible ó poco menos que llegue á adoptarse otra lengua cualquiera.

Eso del idioma universal no pasa de ser un piadoso deseo. El progreso consiste en que llegue á bastarle á uno con dos ó tres idiomas, además del propio, para correr todo el mundo. Y creo que desde el punto de vista del espíritu es una ventaja que el hombre tenga que aprender á pensar con más de un idioma. No creo que sería un verdadero progreso el que todos los hombres hablásemos del mismo modo. Y hasta hay ocasiones en que es bueno no entenderse.

Después de haberse pronunciado el doctor Wechsler por un idioma vivo pasa á proponer el nuestro, el castellano, y tampoco es el primero que lo propone.

Dice que el idioma que se adopte ha de ser fácil, tanto por su gramática como por

su ortografía; ha de ser rico, y ha de ser armonioso. Vamos por partes.

De si el castellano es ó no fácil me creo incapacitado para juzgar con acierto, porque no puedo recordar el esfuerzo que me costara aprenderlo, pues lo aprendí en la cuna. Es muy difícil que pueda uno juzgar de la mayor ó menor dificultad de aprender su propio idioma. Pero lo que es un dato objetivo é innegable es que el castellano es uno de los idiomas modernos de fonética más pobre, de menor cantidad de



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

sonidos y esto facilita su elocución. No tenemos e abierta y e cerrada, ni la misma distinción en la o, ni menos la complicada gama de vocales que tienen el inglés y el portugués.

Y al oírme afirmar que el castellano es de una fonética muy pobre, no se subleve cualquiera de esos ingenuos que se imaginan que la pobreza es siempre y en todo un mal. No, precisamente esa sencillez fonética hace mucho más fácil al castellano. Y tan es así que un español puede viajar por todo Portugal seguro de que, si habla con pausa, le entenderá casi todo el mundo mientras que á un portugués difícilmente se le entiende en España. Y no es que ellos sean más despiertos que nosotros, sino que nuestro idioma es más sencillo que el suyo.

Pocas cosas hay más simples que la conjugación inglesa y pocas cosas más complicadas que la conjugación del vascuence y esto lejos de ser una ventaja del vascuence sobre el inglés es una grandísima desventaja, pues que en inglés se puede decir todo lo que en vascuence se dice, con la misma eficacia y expresividad, y con mayor sencillez de medios. El procedimiento analítico facilita la expresión. Así, en castellano, con el empleo de pronombres subfijados; me, te, se, le, lo, los, las, nos, os, les, etc., y adverbios—empleo que puede darse en combinaciones binarias y hasta ternarias—substituimos otras tantas inflexiones del vascuence.

La dificultad mayor con que tropieza el alemán para su expansión es lo difícil que es dominarlo y lo enrevesado y poco fijo de su sintaxis. El párrafo alemán es un verdadero tormento.

En el Mediodía de Francia hay establecido una especie de pugilato en los liceos entre el estudio del alemán y el del español. A la vista tengo el número 18 del "Bulletin de la Société d'Etudes des Professeurs de Langues Méridionales", que se publica en Carcassonne, y en él se trata una vez más esta cuestión. Se cita el manifiesto lanzado por un inspector general contra la lengua española—esta expresión: "contra", no es infia; es de la revista francesa mencionada—en el que se decía que esta lengua no responde á ninguna necesidad local ni comercial. La revista se revuelve contra esta afirmación arbitraria, y cita el voto de la Asociación de Antiguos Alumnos del Liceo de Tolosa, la cual, contra la decisión del consejo de conceder dos becas, una para Inglaterra y otra para Alemania, expone su deseo de que el español se haga lengua fundamental á partir del sexto curso—contando á la francesa—por lo menos en la región del sudoeste. Hay, además, un director de colegio, el de Barceilonnette, que se queja de que enviando este cantón jóvenes á Méjico así como el de l'Aiguille los envía á la Argentina, para dedicarse al comercio, se encuentran; al llegar á estos países de lengua española con dificultades debidas á su ignorancia del castellano, que debieron haberles enseñado en vez del alemán ó el inglés.

M. G. Boussagol, profesor del Liceo de Lahors, escribe en dicho número un artículo sobre la cuestión del alemán, en que expone las razones de M. Louis Bertrand,



quien después de establecer que la universalidad de una lengua no va unida, como la historia lo demuestra, á la hegemonía mundial, nos dice que "el mayor obstáculo para la expansión del alemán es su carácter mismo, su dificultad, que le hace de una adquisición lenta — consideración de importancia para las gentes de negocios — la rigidez de su sintaxis, en contradicción flagrante con los modos del pensamiento moderno y su carácter netamente inestético é inarmónico." Añade que es un error la preponderancia que se le ha dado en Francia en los programas — preponderancia, añado yo, debida á la guerra del 70 — y que no se debe persistir en tal error pedagógico.

Por su parte, M. Boussagol se decide por el castellano enfrente del alemán, estimando que nuestra lengua, siendo un medio de cultura, es á la vez un instrumento práctico.

"El alemán es poco útil — escribe M. Boussagol — y muy difícil sin provecho pedagógico. Reconocemos, empero, que la literatura alemana merece ser conocida. Sería torpeza negarlo. Sin embargo, ¿es acaso más digna de ser conocida que la literatura griega, ó para hablar de lenguas vivas, lo es más que las literaturas inglesa, italiana ó española? ¿Tiene una superioridad tal intrínseca sobre sus rivales que debemos olvidar su inutilidad práctica y poner al alemán, no ya al nivel, sino por encima de las lenguas meridionales, particularmente desdenadas? No lo creo, y querría, antes de concluir, recordar en pocas palabras las virtudes utilitarias y pedagógicas de la lengua y de la literatura españolas."

Muchos creerán que no está bien que un español, y menos si este español es literato, afirme que la literatura española tiene un valor cultural y pedagógico no inferior, por lo menos, al de la alemana, porque es sabido que á nosotros los españoles no nos están permitidas las petulancias que parecen de justicia en otros pueblos. Pero puesto que es un francés quien lo afirma, yo sólo añadiré por mi parte que nuestra literatura contemporánea no es inferior á la contemporánea alemana y que hay hoy en España un número de poetas, dramaturgos, novelistas, cronistas, etc., no inferior en calidad al que pueda presentar la Alemania contemporánea, que si en industria prevalece, no cabe negar que se halla en decadencia en otros ramos de la actividad humana.

Pasa luego Mr. Boussagol á tratar del valor pedagógico del español, valor negado en un informe de la inspección general, en que se dice que su facilidad es un incentivo á la pereza. Mr. Boussagol dice á esto que el estudio del español es bastante fácil para no arredrar al alumno en los comienzos, y bastante difícil para ejercer sus facultades y exigir esfuerzo. Al cabo de unas semanas el muchacho será más capaz de expresar algunas ideas en español que lo sería en alemán, pero esta es una ventaja.

Me imagino que con esto de la facilidad del español ha de pasar en Francia algo de lo que aquí pasa con la supuesta facilidad del italiano. Hay muchas personas que por saberse cuatro frases de italiano de



3-62

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

10

ópera se figuran que el aprender italiano es cosa de coser y cantar y así no llegan nunca á saberlo. La singular concisión y energía de muchas de las obras maestras de la literatura italiana sería de un efecto altamente educador para nuestros literatos que propenden á la hojaresca y al exceso de palabras. A todos los jóvenes poetas que conozco les recomiendo la lectura de la Divina Comedia, de Leopardi, de Carducci, para que se curen de nuestra verborrea zorrillesca, pero con la idea de que el italiano lo sabemos de ciencia infusa no se ponen á aprenderlo y no logran entender esas obras.

En otro artículo del mismo número de la susodicha revista, M. Fl. Morère, profesor en el Liceo de Foix, trata también de la enseñanza del español en los liceos franceses. Establece cómo donde los cursos de español están regularmente organizados, el número de alumnos es igual, y á las veces superior, al de alumnos de inglés y de alemán. Así sucede en Perpignan, en Sainte-Gourdens, en Vic-Bigorre, en Castelsarrasin, en Foix, en Auch, en Farbes, en Villefranche, etc., pero en cuanto á la calidad de los alumnos, M. Morère se ve obligado á confesar que muchos malos estudiantes se van al español por creerlo más fácil y no más útil. «Los jefes de los establecimientos—dice—dirigen hacia el español, que creen más fácil de aprender que el inglés ó el alemán, á los alumnos torpes (bornés) ó que van con retraso. Muchos de los alumnos que llegan de la enseñanza primaria entran en cuarta ó en quinta sin haber hecho la sexta, y están en la imposibilidad de seguir con provecho un curso de lengua viva. Se les indica la lengua española, como la más fácil de aprender, aquella con la que podrán alcanzar más pronto á sus camaradas más adelantados. Otros abandonan el alemán ó el inglés para intentar el español».

M. Morère se revuelve contra una especie de menor consideración de que gozan los profesores de español entre los profesores de lenguas vivas, debido en parte á que se repite que el español es un «patois» fácil. ¿Será debido á eso sólo?

El pueblo, las gentes, quieren estudiar español. Las estadísticas del Mediodía de Francia lo prueban. La resistencia está en la administración pública. La América Española es un mercado que ensancha de día en día sus campos y llama gentes. Y en ella domina y seguirá dominando todavía por siglos la lengua de Cervantes y de



7-62



Colón. (De Colón no se conoce una sola línea en italiano, fuese ó no de esta nacionalidad). Y es América sobre todo la que impone la universidad mercantil del castellano. Y se impone además por su propia virtualidad, por su sencillez fonética, por su mayor facilidad y hasta por la excelencia de su literatura. ¿Y no es acaso contra esta imposición contra la que tratan de reaccionar los gobiernos, oponiéndose á los deseos de sus pueblos mismos? Que la lengua española se impone desde hace algún tiempo es un hecho indudable para quien observa lo que en el mundo pasa. Y esta imposición inocente y pacífica ¿no despierta acaso sentimientos que España sembró en Europa hace cuatro siglos, cuando nuestros antepasados la recorrieron en trunfo para abrir luego un nuevo mundo al viejo?

¿No habrá acaso quien tema que esta persistencia de la lengua castellana en América le libre á ésta de una cierta europeización que les impediría americanizarse, es decir, adquirir un carácter propio? Yo no sé, pero se me antoja que la arrogancia nos la da la lengua, que es una lengua arrogante, y todas esas nuevas repúblicas americanas habrán menester un día de toda la arrogancia que les infunda su lengua—que es la sangre del espíritu—enfrente de la codicia desdeñosa de todos estos pueblos europeos que las están en una ó en otra forma insultando, como á nosotros los españoles de continuo nos insultan. Que vayan, que vayan todos esos mocitos á quedarse boquiabiertos en la gran cosmópolis y á asombrarse de cualquier pasmanotada de esos suficientes europeos, y ya verán cómo á cambio de su turulería les ponen de rastacueros. Y bien merecido se lo tendrán.

Uno de los primeros efectos del nacionalismo argentino—y quien dice argentino dice chileno, peruano, venezolano, mejicano, etc.—es el culto á la lengua nacional, es decir, al castellano, y el anhelo de poder exclamar:—«¡Si quieren vivir con nosotros, que aprendan á hablar como nosotros!» Que se lo pregunten, si no, al amigo Ricardo Rojas, ferviente nacionalista y no menos ferviente cultivador de nuestra común lengua.

Y volviendo al doctor Wechler, y á que el castellano sea rico y sea armonioso, aquí ya la más elemental conciencia me lleva ponerme con él de acuerdo.

El castellano no es más rico que cualquier otro idioma moderno de cultura. No puede sostenerse que podamos decir más cosas, ni que podamos decir las con más precisión que los franceses, ingleses, alemanes ó italianos. En esto de la riqueza de las lenguas hay muchos prejuicios. Cabe afirmar, en términos generales, que cada pueblo, como cada individuo, tiene tantas palabras como ideas, y si tiene más palabras que ideas peor para él. Los verdaderos sinónimos son más un estorbo que una ventaja.

15





La riqueza de una lengua no está en el número de vocablos ó giros que posee, sino en el que puede poseer, está en su fecundidad, en su facilidad para crear nuevas voces que respondan á nuevas ideas, y en su facilidad para asimilarse voces extrañas. Y en este sentido hay mucho que hacer en el castellano, quebrantando un cierto academicismo que ha anquilosado la lengua. El purismo, tal como aquí se le entiende y practica, es un mal.

La riqueza es además relativa. La lengua de un pueblo de pastores será más rica en términos de pastoreo que la lengua de un pueblo de labradores y la de éste más rica que la de aquél en términos de labranza. No es de creer que entre el pueblo paraguayo corran como usuales muchos términos de marinería.

Para que una lengua se universalice no necesita ser la más rica. Con que sea lo suficientemente rica para las transacciones universales basta.

Y por lo que hace á lo de armoniosa, más vale más que lo dejemos á un lado. Esto de la armonía de un idioma es una cosa puramente subjetiva y de impresión para la cual no creo que haya medida de valor objetivo indiscutible. Es cuestión de costumbre. A cada uno le suena mejor su lengua, aquello con que se crió, y luego las que se le parecen más.

Y con todo eso sigo creyendo que lo de hacer del castellano lengua universal no pasa de ser un piadoso deseo. Basta con que todos cuantos lo hablamos logremos imponerla como una de las lenguas prácticamente universales. Por lo que á mí hace aunque me creo capaz de escribir en francés, de una manera si no correcta, por lo menos inteligible, tengo hechas varias pruebas—y, aunque con mayor esfuerzo en alemán y en inglés, contesto siempre, á todas las cartas en castellano, si quienes me escriben—franceses, alemanes, ingleses, italianos—lo hacen en su propia lengua. Ya encontrarán quien se lo traduzca, y si no, que lo aprendan. Recomendando el sistema.

MIGUEL DE UNAMUNO.

